

EL VELO DE LA NOVIA

¿Hay algo más suave y romántico que un velo de novia bordado con ilusión por su joven dueña?

Mercedes es una muchacha de pueblo, de mirada limpia, sana, honrada, leal; lo que por ahí se llama una buena persona.

Teje con enorme dulzura y dedicación el que será su velo de novia.

Mientras se mira al espejo, sueña despierta con ese día, el de su boda.

Tomás es fuerte, alto y joven. La primera vez que vio a Mercedes ya sabía que sería para él.

“Esa moza será la madre de mis hijos”, dijo en la verbena que todos los años juntaba en la plaza del pueblo a los mozos y mozas casaderos de la zona. El verano es en estas pequeñas aldeas y pueblos, la estación del año donde los noviazgos de feria proliferan.

Aunque algo bruto, Tomás ama a Mercedes y sueña con el momento de llevarla al altar. Siempre ha oído en su casa que “ hombre sin hembra, ni come ni siembra”.

Es tradición familiar recibir su pequeño huerto y su estancia dentro de la casa cuando se casan. Su hermano lo había recibido antes que él y mucho antes su padre y sus tíos. A medida que iban pasando las generaciones, los jóvenes relevaban a los viejos en las tareas del campo y en el cuidado del ganado, incluso, se encargaban, llegada la hora, de dar sepultura a sus familiares en el pequeño cementerio familiar que coronaba el cerro “ Cerro Peralta”, propiedad de la familia desde hacía años y donde pastaba el ganado que invierno tras invierno dormitaba en los establos de la aldea.

Tomás estaba muy ilusionado con Mercedes, a pesar de que su madre siempre le decía que estaba demasiado flacucha y tenía estrechas caderas. A él lo que más le gustaba de su novia eran sus manos, blancas y con dedos largos, tenía las uñas muy cuidadas porque así el tul no se enganchaba, la labor era muy valiosa como para descuidarla y estropearla.

Si Tomás llamaba a la ventana de su novia para charlar un rato, Mercedes escondía rápidamente su primorosa tarea. No quería que viera su trabajo antes de la boda, debía ser la gran sorpresa de la ceremonia.

Cuando sonaban las contraportadas de las ventanas, la tía abuela de Mercedes salía de su habitación y se sentaba frente a la chimenea y de lado a

la ventana donde los novensanos hablaban, no podían quedarse solos, sino los vecinos podían pensar que la niña era una "fresca".

La tía abuela Julieta se había quedado viuda hacía ya unos años y sus hijos se habían marchado al extranjero buscando un futuro. Era hermana del abuelo de Mercedes y al quedarse sola había ido a vivir con ellos, aportando un buen pellizco a la dote de Mercedes, ya que era su madrina.

Ese velo era ahora todo su horizonte. En una aldea donde no había distracciones y anochecía temprano, la única compañía posible era la lectura de un libro mientras las chicas bordaban, poco más se podía hacer, preparar el ajuar era ilusionante, cada una escogía un bordado diferente, así los invitados no podrían decir que se lo habían prestado unas a otras.

La llegada de la novia a la iglesia constituía todo un acontecimiento. Las mujeres del lugar vivían expectantes el momento en el que la novia en cuestión entraba en la vieja capilla de la aldea y su maravilloso velo lucía su esplendoroso bordado de rosas, flores de lis, escudos, pétalos...

Aquella tarde de primavera Julián llegó a casa de Mercedes procedente de un pueblo cercano. Era pariente lejano y había acudido a casa de su primo, el padre de Mercedes, para anunciar su futura boda. Al entrar en el salón encontró a Mercedes y a su tía Julieta riendo vivarachas y extendiendo encima de la mesa el velo de Mercedes que parecía estar casi, casi terminado. Al verlo Julián, exclamó maravillado lo bonito que era y lo ilusionante que hubiera sido para su novia, Teresa, el hecho de poder bordar el suyo también.

Julián contó con lágrimas en los ojos como, a consecuencia de una caída, Teresa se había quedado ciega, y que, en un momento de su vida, pensó abandonarla y buscar otra mujer, pero que algo en el fondo de su corazón no se lo había permitido.

Teresa era dulce, joven, bella y representaba todo lo que un hombre podía buscar en una mujer. Su accidente era eso: "un accidente en la vida" y después de mucho pensarlo, Julian había decidido casarse con ella, a pesar de lo que eso supondría en su día a día, después de todo, a Julián no le iba mal en la vida, podría permitirse el lujo de tener a alguien de servicio en la casa nueva para que ayudara a Teresa en todo.

Mientras Julián contaba todas sus vicisitudes a Mercedes y a su tía, Tomás pasó por la calle y vio como Mercedes apesadumbrada por todo lo que acababa de escuchar, abrazaba a su primo para darle ánimo, y de repente, algo removió su mente y todo su cuerpo, como un calambre que discurre por todo su ser provocando una sensación desagradable, mezcla de celos, miedo, dolor y rabia. No podía soportar ver a Mercedes abrazando a otro hombre.

Desde muy pequeño había oído que una mujer te pertenecía desde el momento en que te comprometías con ella y que eso debía ser recíproco.

No concebía la idea de verla en otros brazos, ¡era suya!

Tomás no esperó a ver como Julián se despedía de Mercedes recordándole el día de la cita en la iglesia de Santa Rita para asistir a su boda con Teresa. Se fue, sintiendo en su interior una rabia que le hizo blasfemar en voz alta. Nunca se había sentido así, quizás fuera porque tampoco había sentido ese amor nunca.

Tomás amaneció con una serie de sentimientos encontrados. Tocaba ir a ver a Mercedes y no se sentía con fuerzas de afrontar esos celos que le consumían el alma sin decirle nada a Mercedes, pero se contuvo y ejerció de perfecto novio a través de aquella reja que les separaba y que cada día se hacía más pesada. Muchas veces sentía ganas de abrazarla y besarla con pasión pero hubiera dado que hablar y él no quería que nadie hablara de su chica.

Pasaron unos días desde la última visita de Julián, y aquella tarde de 1941, el primo de Mercedes vino con una petición muy especial.

¡Dios mío, Julián!, estaré encantada, dijo Mercedes, pero no sé si tendremos suficiente tiempo.

Justo cuando Mercedes pronunciaba esa frase, Tomás, que últimamente acechaba el domicilio de su novia, oyó como su chica, la mujer que había elegido para pasar su vida, reía ilusionada y abrazaba a otro. Eso que él tanto ansiaba, un abrazo, un beso, lo hacía Mercedes con otro hombre que no era él.

De repente, a su mente vino la escena de Mercedes entrando en una iglesia del brazo de su padre, mirando sonriente a ese caballero que la esperaba en el altar y que no era otro que ese tipo que últimamente venía a visitarla desde no sabía donde.

Subió calle arriba, dirigiéndose a su casa con un odio en la mirada y una rabia tan fuerte que no se podía ocultar. Mostraba el semblante de un hombre enfermo de celos.

Tomás era de los que se lo guardaba todo, reservado con sus cosas, no exteriorizaba los sentimientos; a veces Mercedes se quejaba porque nunca era tierno ni le decía que la quería.

La adoraba, pero su forma de ser no le permitía mostrarse demasiado cariñoso. Pensaba que eso era de "blanditos" y "afeminados".

Su madre lo vio llegar, y desde el primer momento supo que pasaba algo. Conocía lo reservado que era su hijo, por eso, no preguntó y se limitó a observar.

Y observó, observó como Tomás día a día se iba volviendo huraño, siempre estaba malhumorado, pero nunca preguntó el motivo.

Mercedes terminó su velo de novia, precioso, con sus flores bordadas, punto de sol, punto atrás... Y comenzó su nueva tarea, debía darse prisa, la fecha se aproximaba, muchos fines de semana tuvo que negarse a salir con Tomás. No podía perder tiempo.

Su negativa para dar el paseo con él supuso todavía más celos, más sensación de separación, Tomás estaba cada día peor y más malhumorado. No podía permitir que le arrebataran lo que más quería, el forastero ese no se la llevaría.

Y allí, en el monte, sólo, con la naturaleza como testigo, comenzó a urdir su plan. La llamaría para darle algo o le diría que necesitaba hablar con ella urgentemente, que necesitaba contarle algo, y así pensó, cegado por la rabia y los celos, que Mercedes creería que la iba a dejar libre para que se fuera con "el otro". Pero estaba muy equivocada, si no era para él, no sería para nadie.

Las viejas de la plaza susurraban lo buen mozo que era Tomás y la suerte que tenía Mercedes de llevarse a un hombre tan trabajador y tan fuerte, un buen partido. Sin embargo él, cegado por su dolor, imaginaba que cotilleaban, lo que realmente eran piropos para su persona, a sus oídos, enfermos de celos, eran cotilleos y susurros de vieja hablando de las infidelidades de su novia. Pensaba que era digno de lástima y que la gente hablaba de él con desesperanza. Todo eso todavía lo enervaba más, todavía lo encelaba más...

Mientras tanto, Mercedes bordaba, bordaba, y bordaba aquel velo tan espléndido, aquel velo que hubiera hecho bella a cualquier muchacha, y lo terminó, y llamó a su primo Julián para entregárselo y éste la felicitó y la besó para agradecerle lo que había hecho; y Tomás lo vio y fue entonces cuando no lo dudó, llamó a la puerta de Mercedes y habló con ella.

Esta noche mi amor, cuando todos estén dormidos, nos vemos en la vieja cuadra.

"Vale", le dijo Mercedes, pero ¿qué me vas a contar?

Ya lo verás, solo te diré que nunca querré a nadie como a ti, y que siempre serás mía, hasta la eternidad.

Mercedes cerró la puerta, tan feliz y tan enamorada por lo que acababa de escuchar, que hasta tía Julieta y su primo notaron el rubor de sus mejillas.

Prima: sólo deseo que seas tan feliz como yo lo voy a ser. Cuando Teresa toque este velo y sienta su suavidad, sabrá que lo han tejido unas manos primorosas y preciosas que lo han hecho con cariño, seguro que tu velo es tan bonito o más que este ¿lo terminaste ,verdad?.

Si, ya lo tengo guardado, dijo Mercedes. Mi velo es el más bonito del mundo, estoy deseando estrenarlo el día de mi boda, lo he hecho con tanta ilusión y tanto amor que no veo llegar el día.

Julián se marchó muy contento con el velo que Mercedes la había bordado a Teresa.

Y la tarde pasó. Mercedes sabía que tenía una cita con Tomás, estaba nerviosa, deseaba que todos se acostaran para que llegada la noche pudiera salir furtivamente a su encuentro con Tomás.

Allí estaba, esperándola en la cuadra, Tomás la abrazó y ella avergonzada y un poco esquiva se soltó de sus brazos y rió.

Tomás, alguien puede vernos.

Ese comentario todavía encendió más a Tomás, en su mente podía oírse:

- Cuando te abrazaba "el otro" no eras tan melindrosa

Pero no dijo nada, tan sólo levantó el brazo y con un golpe certero terminó con la vida de una mujer que lo amaba, sin darle tiempo a decirle lo mucho que lo quería, y sin darle tiempo a contarle lo orgullosa que estaba de haber podido hacer feliz a una mujer que, invidente, no hubiera podido bordar su velo de novia.

Mercedes fue enterrada en el cementerio municipal. La velaron sus familiares toda la noche, y su tía Julieta no paró de comentar lo bellísima que estaba cubierta por aquel velo que bordó tan ilusionada y nunca pudo estrenar.

HOY EN DÍA MERCEDES SERÍA LA VICTIMA " X " DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO. EN AQUEL ENTONCES, FUE UNA MUJER MUERTA EN MEDIO DE UN MONTE A LA QUE POSIBLEMENTE ATACÓ UN DESALMADO Y A LA QUE SU APESADUMBRADO NOVIO GUARDÓ LUTO UN TIEMPO...

FIN